RELATIVISMO Y POSTMODERNIDAD

*Disertación de la Dra.
María Celestina Donadío Maggi de Gandolfi
en sesión pública del Instituto de Bioética
del 3 de noviembre de 2009*

RELATIVISMO Y POSTMODERNIDAD¹

Por la Dra. MARÍA CELESTINA DONADÍO MAGGI DE GANDOLFI²

Cuando en el mundo griego la razón humana ennoblece –sin negar– el conocimiento experiencial, precientífico, o el recurso a las deidades, la razón se adueña de sí y de este modo se coloca objetivamente frente al mismo sujeto pensante, al mundo y a Dios. Se abre, entonces, el devenir como *historia*, es la era de la *razón* y de la *ciencia* entendida como *saber*, como conocimiento humano *perfecto*, en que la perfección implica conocimiento por la “causa”, por la “esencia”, de lo “universal” y de lo “necesario”. El concepto originario de ciencia³, entonces, importa un grado de excelencia, por ser conocimiento de las cosas por las causas, es decir, por demostración, explicativo, de valor universal y necesario. “Hacer ciencia” es un proceso de *justificación*, de *dar razones*, como recurso explicativo de la *razón* en la función que la define con propiedad: la “búsqueda de la sabiduría”⁴. Por ello, la ciencia

¹ NOTA: Versión ampliada de *Los postmodernos* (Anales, tomo XXXV-2008, pp. 159-170, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, 2008). En esta versión se aplica el tema al “Relativismo” e incluye una sección sobre “Postmodernidad y Ética biomédica”.

² Profesora Titular Ordinaria de la Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras e Instituto de Bioética; Investigadora Principal del CONICET.

³ Es el concepto aristotélico de *episteme*, “ciencia”.

⁴ La sabiduría griega es una “sabiduría de hombre, una sabiduría de razón; no es una sabiduría de filósofos que quiere ser una sabiduría de salvación, sino una sabiduría de filósofos que se

nace como “saber en tránsito” hacia el ápice de la perfección cognitiva, nace como “filo-sofía”⁵.

Además, toda filosofía, si es auténtica, busca cristalizarse en una forma de vida, lo que no puede darse sino en vistas de un ideal, *la perfección de la persona humana*, pues no puede dejar de asumir que es ésta la tarea, el quehacer, específicamente humano: el cumplir el *proceso de personalización*, el paso de lo que la persona inicialmente es a lo que quiere llegar a ser. Por esto, la razón filosófica, a lo largo de la historia, se ha visto acuciada por dos preguntas: *¿qué soy?*, *¿qué debo ser?* Empero, como la necesidad de la tendencia puede no corresponderse con la necesidad del cumplimiento, la tarea específicamente humana se hace *tarea moral*, la tarea de ordenar la conducta libre del hombre hacia lo que no puede dejar de ser y que *tiene que llegar a ser*. El amor originario a la perfección, se vuelve obligación para ordenar la falibilidad del cumplimiento y satisfacer la tendencia.

Ahora bien, por insoslayables que sean aquellas preguntas sobre la vida humana y por impostergable que se presente el proceso aludido, parece que el mundo contemporáneo elude todo con indiferencia o como “papeles sin valor”⁶. Sin embargo, es imposible quedar totalmente al margen de las dos preguntas humanas: *¿qué soy?* y *¿qué debo ser?* En primer lugar, se advierte que siempre se formula algún tipo de planteo e incluso de respuesta a tales preguntas, porque ya el no responder es una respuesta. En verdad, todo pensamiento, toda idea, por indiferente que se presente o por azarosa que se lance, se inserta en el gran escenario de la *cultura*, y ésta, entendida como *cosmovisión de vida*, es intrínsecamente

constituye en su orden propio, en su línea propia de obra perfecta de la razón, *perfectum opus rationis* (...). Es una sabiduría propiamente filosófica que no pretende libramos de la unión con Dios, sino tan sólo conducirnos al conocimiento racional del universo. Lo que mejor ha sabido, es lograr la *idea de sí misma* (...). La belleza propia de la sabiduría griega es una belleza de bosquejo, bosquejo genial en el que las divisiones y los puntos esenciales están indicados con arte infalible”, J. Maritain, *Ciencia y Sabiduría*, Bs.As., Descleé de Brouwer, 1944, pp.32-35.

⁵ Del griego *philos*, amor y *sophía*, sabiduría.

⁶ Expresión de Wittgenstein al referirse a los juicios de valor.

insoslayable como lo es el dar alguna respuesta al ser, al bien, al fin, a la perfección del mundo y del hombre. Por supuesto, la respuesta puede ser un “no responder”, pero, el escepticismo puro no tiene autodefensa. Si así no fuera, ¿cómo entender la prédica, por momentos angustiante, de la así llamada *filosofía postmoderna*⁷, digo de la *filosofía postmoderna* respecto de la *contra-cultura*, y en consecuencia de la *des-construcción*? Esto no admite otra lectura que una *toma de posición*⁸, emergente de la cosmovisión cultural de esa corriente que entiende beber de la actitud relativista y escéptica del hombre contemporáneo.

En segundo lugar, consecuente con aquel pensamiento racional clásico, abierto objetivamente a la realidad, la respuesta ética frente al dilema de si la moralidad es un asunto primordialmente de los sentimientos o de la razón, la mayoría de las respuestas se atuvo el *ideal moral de vivir conforme a la razón* o de la *vida sujeta al examen de la razón*. Por todo ello, la perfección del hombre es el bien vivir que es el vivir moralmente, lo cual supone la rectitud de la razón, es decir el *saber vivir*. Este ideal recorrió toda la historia de la filosofía hasta los albores del siglo XX, pasando por impostaciones muy distantes y distintas. En el siglo XX, comienza a gestarse una actitud fuertemente crítica del lugar y el papel de la razón en la vida de los hombres, desde el llamado “giro lingüístico” de la filosofía analítica de habla inglesa, herederos de la tradición que se inicia con Hume y que va a estructurar la *filosofía postmoderna*. Este ataque fue dirigido contra la razón fuera de todo límite, propia de la modernidad, razón iluminada, omnipresente, todopoderosa y desvitalizante, incapaz de dar espacio a la sensatez, a la conmiseración o a la vida en general. Sin embargo, la crisis afectó, indiscriminadamente, cualquier concepción de la

⁷ También se la suele denominar “postfilosofía”. Es la filosofía que hoy ostenta buena publicidad y, algunos acotarán también, “declinación”. Sin embargo, convive con parientes no reconocidos como la filosofía del Análisis, en sus formas de mayor o menor grado de neo-positivismo y, además, junto a propuestas fenomenológicas, existencialistas, hermenéuticas e ideológicas de corte marxista que probablemente le sobrevivan.

⁸ Aunque más no fuere que “una suerte de toma de posición”.

razón o de lo racional, incluso la de tradición aristotélica fundada en bases onto-antropo-lógicas.

En verdad, el objetivo de tal desvalorización de la razón fue, y sigue siendo, minar las bases racionales del conocimiento moral y de la ética, ya que admitir tal capacidad práctico-moral de la razón humana, implicaría admitir, al menos en algún nivel, la posibilidad de captar y justificar verdades, normas, valores morales, con legitimidad sapiencial, es decir, con universalidad, necesidad y certeza. Pero tal posibilidad resultaría totalmente inconveniente para cierta prevalente cosmovisión contemporánea que es proclive a la manipulación y a la construcción de ideas. La desvalorización de la razón, por lo mismo, apuntó a todo el ámbito de la cultura y a los debates científicos suplantando el “recurso a los razonamientos” por la desacreditación, la discriminación o los pre-juicios en el proceder del discurso. Apuntó, también, a la sociedad política, tanto en el orden nacional como internacional, pues, al perderse el criterio racional del bien común, la cohesión social sufre una permanente tensión a la desarticulación, cuyo único valor ético objetivo es *el consenso en el discurso político o jurídico*. Lo óptimo quedaría librado a la presión sin sentido (porque no se esgrimen razones ni valores) de la simple mayoría o de los partidos políticos que la representan. Todas estas secuelas concatenadas de la crisis de la razón moral desembocan como colofón en el mismo concepto de ley moral y, particularmente, de ley natural, como también sobre la operatividad de las leyes. La metodología postmoderna de disolución de la ley moral natural consistió en desacreditar sus supuestos insoslayables, como son los de naturaleza, teleología, rectitud moral del juicio, dignidad de la libertad y el de sociabilidad en el bien común, al adscribirlos a creencias consuetudinarias o a prejuicios religiosos.

Filosofía y cultura postmoderna

1. *Es postmoderna*

1.1. La filosofía “imperante” (aludiré a las formas de pensamiento más representativas como son las de Derrida, Foucault, Lyotard, Rorty, Gadamer, Vattimo⁹) es **postmoderna**, como continuidad de la Modernidad y de su **razón ilustrada**, pero entendida ahora como “razón-anti-héroe”, “razón-anti-modelo”. Es la “razón pura destronada”, que conserva la soberbia de aquella y su búsqueda de la liberación del hombre, con una continuidad en el planteo sobre el mundo y el hombre, pero con una ruptura por la radicalización de la crítica de la razón.

La Edad Moderna ha legado una ciencia al servicio de la praxis, una ontología sin naturaleza en sentido propio porque incluso la naturaleza del hombre es objeto de uso, y una teleología fundada en los intereses del hombre por dominar la naturaleza. Todo ello motivó una disociación entre aquellos dos principios: el de realidad (racional) y el del placer (imaginación)¹⁰, por lo que en cualquiera de las opciones se operó el sometimiento de toda la vida humana a las condiciones de autoconservación. La “liberación de la humanidad” consistió en satisfacer la tendencia a alcanzar perfectamente los medios de la conservación física y moral sin ninguna garantía en el valor, fuera de todo orden social plenificante y con un dinamismo revolucionario y manipulador que se convirtió en fin en sí.

⁹ Citaré algunas obras atinentes al tema desarrollado. DERRIDA, Jacques (1930-2004): *El Tiempo de una Tesis. Deconstrucción e Implicancias Conceptuales*, Proyecto a Ed. Kings, Barcelona, 1997. FOUCAULT, Michel (1926-1984): *El orden del discurso*, Tusquets, Buenos Aires, 2005. LYOTARD, Jean-Francois (1924-1998): *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 1986. RORTY, Richard (1931-2007): *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1989. GADAMER, Hans-Georg (1900-2002): *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1984. VATTIMO, Gianni (1936-): *El pensamiento débil*, Cátedra, Madrid, 1988.

¹⁰ Según R. Spaemann, el tomar partido por uno u otro de estos principios, es propio de las “derechas” y las “izquierdas”. Las primeras lo hacen por el principio de realidad que es racional, y las segundas, por el del placer, y así domina la libido, la imaginación y la utopía, *Sobre la ontología de ‘derechas’ e ‘izquierdas’*, en “Anuario Filosófico” XVIII, Madrid, 1992, n.2, pp.77-87.

En la “arrogancia de la razón” hay una suerte de continuidad. La razón fundamenta cualquier cosa, incluso a sí misma; es metanarración que legitima todo discurso y, por sobre todo, se deshace de todo prejuicio; es juez imparcial y objetivo. Sin embargo, **se aparta de la Modernidad** al comprimir sus horizontes grandilocuentes pues, cuando agudiza la crítica, se pierde la esperanza de totalidad y, en lugar de la síntesis, aparece el sincretismo de la razón. Se opera una fragmentación del mundo y de la vida, con la consiguiente desconexión entre los saberes y sus dominios. Se hace imposible justificar la acción o legitimar la política. La objetividad, la disposición desinteresada, ya no se exige en la búsqueda de la verdad, por el contrario, el hombre está por encima de la verdad.

1.2. Nietzsche, inspirador reconocido de esta corriente, no quiere ser maestro, es decir no quiere ser el doctor magistral capaz de indicar el camino a seguir. El único camino es conducirse a sí mismo. El postmodernismo, como el nihilismo nietzscheano, es sin futuro. Embriagado por la “superioridad” humana, resultado de sus proezas técnicas, pretende soñar con una libertad absoluta que, gracias a su poder tecnocrático, dominará su destino, pero un destino vacío de interioridad y espiritualidad.

La propuesta cultural es *neutralista* y *pluralista*. *Todo es igual, porque todo debe ser igual*. La prescripción, las reglas, se acuñan desde la misma mediocridad, al ser exigidas por ella para conservar la nivelación. En primer lugar, la cultura **neutralista** impera en la misma capacitación técnica de la vida profesional y del ciudadano. La destreza principal es la capacitación crítica, con una ponderación ajena a toda determinación de valor por ausencia de todo modelo en la propuesta. En realidad, la propuesta es un contramodelo, según criterios propios o por presión ambiental, pero, el valor que todo modelo debe encarnar, está ausente y es suplido con altanería por el éxito que tal modelo proporciona.

La pauta surge inexorablemente: “el fin justifica los medios”. En segundo lugar, por la ausencia de los criterios propios de valor dados por la cultura, la salida es la oferta de una multiplicidad de fines en una sociedad que “debe ser” **pluralista**. “Ningún hombre puede participar por entero de ninguna cultura a no ser que se haya educado en ella y haya vivido adaptándose a sus formas, pero sí que puede conceder a otras culturas el mismo significado para sus participantes que le reconoce a la suya propia”¹¹.

Por lo tanto, la propuesta ético-cultural de esta corriente es francamente relativista, vale decir, niega verdad o falsedad a todos los juicios éticos y a las estimaciones de valor o disvalor, de bien o mal. No se acepta *ningún* juicio *ni* estimación de valor absoluto, con sustento objetivo y universal. Empero, en el momento de actuar, incurrirá en incoherencia práctica, porque las convicciones no bastan. Además, el relativista ha de vivir y actuar. “Pero actuar es elegir, y elegir es manifestar ciertas preferencias por una manera de comportarse y anteponerla a otras. Y manifestar una de estas preferencias tan humanas significa que, consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente, se ha hecho un juicio valorativo sobre qué tipo de actuación es mejor o peor, o más conveniente o preferible (...). De donde resulta que en su forma más llana el razonamiento del relativista equivale a un flagrante *non sequitur*: ‘Puesto que ninguna manera de actuar es en realidad mejor o superior a cualquier otra, concluyo que, para mí, la mejor manera de actuar es proceder de tal manera concreta’ (...). No podrán menos que enredar al que lo intente en incoherencias y contradicciones, pues la negación misma de todas las normas discriminatorias de lo mejor y lo peor no puede transformarse de ningún modo en una especie de patrón para distinguir nuevamente, en definitiva, entre cosas mejores y cosas peores”¹².

¹¹ Ruth Benedict, defensora del *relativismo Ético*, de su libro *Patterns of Culture*, citado por Henry Veatch en *Ética del ser racional*, Barcelona, Labor, 1967, p.32.

¹² Veatch, *Ibid.*, pp.36-37.

2. *Es antimoderna*

En el postmodernismo, esta propuesta cultural *neutralista* y *pluralista* es solidaria de su actitud general del **igualitarismo discursivo**. Para aclarar este punto, es preciso tener en cuenta que esta corriente filosófica es continuadora de la Filosofía del Análisis a pesar que sus representantes son profundamente críticos de ésta, por entender que el Análisis es un resabio de la Modernidad al no haber logrado una crítica “total” a la razón moderna todopoderosa. Empero, permanecen dentro el Análisis pues su filosofía es una metodología empíreo-lógica-práctica, cuyo objeto es el análisis del lenguaje científico para depurarlo de los problemas o consideraciones extra-científicas y así lograr acuerdos en el discurso. De esta forma, permanecen en una lógica del conocimiento, descomponiendo los problemas en sus elementos simples, las llamadas “piezas del lenguaje”, que son tratadas según sus relaciones lógico-semánticas, mediante un lenguaje autóctono y artificial.

En la Analítica¹³, la razón filosófica es reducida a la lógica del conocimiento, cuyo objeto es el mismo lenguaje analítico considerado como un dato o fenómeno, a lo que se ha arribado desde el positivismo que tuvo su nacimiento en el Círculo de Viena, y corrientes inglesas asociadas al pensamiento de Russell, Moore, Ryle, Ayer. Si bien la Analítica contemporánea y los postfilósofos se resisten a admitir antecedentes “positivistas”, lo cierto es que todo sigue girando en torno al *fenómeno*, es este caso más sutil y etéreo como es el lenguaje humano, pero *el lenguaje tratado como fenómeno*. De ahí que la verdad y falsedad filosóficas queden fuera de toda especulación o argumento racional, porque los juicios filosóficos *son sin sentido* y resultarán mera expresión de la *corrección o incorrección* que señalen las reglas lógico-semánticas. Los juicios filosóficos poseerían *verdad* en la medida que fuesen *expresiones lingüísticas correctas*. La verdad va a la zaga de *decir*

¹³ Cfr. De mi autoría, discurso de incorporación a la Academia del Plata, *La función de la razón en la Ética y en la vida moral*, 28 de junio de 2007.

correctamente lo que se dice. Más allá de las mismas palabras, sólo resta un abismo del sinsentido.

La postfilosofía suma a esta orientación lógico-semántica del lenguaje, el desencanto y el descrédito de la razón y de toda posible arrogancia de la misma (nihilismo), pero, como sobreviven resabios del modernismo y del análisis, sobrevive aquella razón soberbia, aunque hundida en el barro, altanera y, por momentos, con el poder de destrozarse a sí misma. Como consecuencia, se desechan las narraciones grandiosas, sólo narraciones parciales sin pretensiones (Lyotard); quedan hipótesis modestas como contribuciones edificantes a la actual conversación de la humanidad (Rorty). A la postre, todo cae en un espiral hermenéutico como concepción del progreso, en que una serie de síntesis van modelando un lenguaje común, para que incluso en la discusión puedan medirse los frutos (Gadamer). Ya no es posible establecer, entre los elementos que constituyen las series discursivas, vínculos de causalidad mecánica o de necesidad ideal; entonces se introduce el azar, el discontinuo, la materialidad en la raíz misma del pensamiento (Foucault). Todo puede resumirse en que resulta un “pensamiento débil” (o postmetafísico) que, rechazando las categorías fuertes y las legitimaciones omnicomprensivas, es decir la razón-dominio de la tradición moderna, ha renunciado a una “fundación única, última, normativa” (Vattimo). Un aporte importante a este pensamiento es la *deconstrucción*, donde el discurso deconstructivista (entendida como “destrucción”) sostiene la incapacidad de la filosofía de establecer un piso estable (Derrida). Dentro de la deconstrucción de la metafísica, no se trata tanto de la reducción a la nada, como de mostrar cómo ella se ha abatido. Si bien el concepto está implícito en la obra de Heidegger, en él la *destruktion* conduce al concepto de tiempo, porque debe velar, por algunas etapas sucesivas, por la experiencia del tiempo, que ha sido ocultada por la metafísica, haciendo olvidar el sentido originario del ser como ser temporal. La “deconstrucción” en Derrida es un tipo de pensamiento que critica, analiza y revisa fuertemente

las palabras y sus conceptos. Cabe mencionar que la mayoría de los estudios de Derrida exponían una gran dosis de rebeldía y de crítica social (crítica al sistema), por lo que se lo calificó, en determinado momento, como un pensador de extrema izquierda.

En síntesis, el análisis lingüístico postmoderno ya no el “meta-lenguaje” analítico, pues tendría resabios de la grandiosidad moderna, sino que tiene por base un crudo escepticismo metafísico (nihilismo) y epistemológico (subjetivismo) para lanzar una propuesta aún más radical: la del **igualitarismo discursivo**. En la postfilosofía “todos los lenguajes coexisten”, lo que exigió un “aplanamiento del discurso”, por lo cual se suprimen las distinciones propias de la filosofía y, por lo tanto, las jerarquías del lenguaje y toda posible fundamentación. El igualitarismo discursivo sólo podía ofrecer una propuesta cultural: *neutral y pluralista y de allí, relativista*.

2.1. La crítica a la Modernidad

La otra cara del postmodernismo es su **antimodernidad filosófica y cultural**, por desilusión y desencanto de la misma razón moderna que ha continuado a su manera. Se ha desilusionado de la utopía de la razón ilustrada por el incumplimiento de las promesas revolucionarias tanto en el orden científico, político, social e industrial. Descrece del progreso y de los avances tecno-económicos porque no han logrado que el hombre sea más hombre. En síntesis, es el descrédito de la *racionalidad de la razón*.

Empero, desde el desencanto surge una nueva utopía de la razón, que se levanta desde la experiencia del desánimo y del desinterés. La actitud filosófico-cultural en consecuencia es el *cinismo y la simulación*. Se opera la radicalización de la Ilustración desde su misma crítica; en ella la Ilustración encuentra su éxito y su fracaso. A esto se le suma su negativa a todo resabio de objetividad y así triunfa la simulación, e.d. el poner a la representación en el lugar de la realidad. Desaparecen los límites entre ilustración

y manipulación, entre consciente e inconsciente, entre verdad e ideología, entre fuerzas de producción y fuerzas de destrucción. Los problemas se retrotraen y no se solucionan. Vuelve aquella posición ya denunciada: *todo es igual para que todo sea igual*. Se exagera la pluralidad, la contingencia, lo privado, la ruptura, el instante.

Las consecuencias en el orden moral son lógicas. Lo moral es lo extraordinario frente a lo trivial. La transgresión es valentía y autenticidad ante la experiencia de un mundo duro que no se acepta; no se acepta y no se tiene esperanzas de cambiar. Hay una única salida: *el pensamiento frutivo de la vida* y Dios es el gran ausente. La utopía de la razón ilustrada incluía a Dios, ya que Dios debía estar para ser suplido por el hombre. El postmoderno pone al pequeño burgués en lugar de la utopía ilustrada. Empero, la muerte de Dios conlleva la muerte del hombre porque es el fin de todo proyecto y orientación humanista. Sin hombre, sin Dios, nada tiene sentido, nada tiene valor. Se busca sentido en la pérdida de sentido.

En el orden social, la modernidad sostuvo la creencia en el poder de la razón para lograr una sociedad y una política más solidaria, justa e igualitaria en lugar de las funciones legitimadoras de la religión. El postmodernismo, se acoge a la lógica del sistema tecno-burocrático imperante, cuyos pilares son la comunicación y la gestión económica. El dominio de la vida política es un escenario simulado; su destino es transformarse en espectáculo. La información se da en exceso, es la *hiper-representación*, lo que no significa que se sepa todo. La seducción gobierna la esfera pública y la opinión pública. Resurge la sofística en la discusión pública, aunque vaciando la argumentación de toda idea, sólo la preocupación por el prestigio de la propia posición. Es el reinado del más cruel amoralismo por la atrofia de los valores, en tanto que la razón es mera razón de medios. Desaparecido todo concepto integral de la razón (con sus funciones teórica y práctica en interrelación y orden), la razón socio-política, la razón moral en general,

pierde su orientación a valores comunes y con ello cada individuo se arroga el derecho de hacer lo común por mano propia aunque se lo haga mal, por el descrédito sufrido por los valores y la virtud que conducen con dignidad los destinos de la comunidad como un todo práctico-moral.

En toda la vida humana, privada y pública, se ha radicalizado el nihilismo nietzscheano de la muerte cultural y conceptual de Dios, con el consiguiente rechazo máximo de Dios y de lo sagrado. La *desmitificación* originaria en que se abrió paso a la historia, pretendía dar una explicación más profunda y racional a aquello mismo que el mito sostenía (sin negarlo ni denigrarlo) y así lograr una comprensión más cabal del mundo, del hombre y de Dios. La *desmitificación* postmoderna tiene por objetivo la negación radical de lo sagrado y con ello de una cosmovisión humanista del hombre y de su entorno. Esta *desmitificación* pretende liquidar la relación hombre-Dios, de forma tal que se liquida toda relación auténtica del hombre con el hombre.

2.2. *Es solidaria de la crisis socio-cultural contemporánea*

A riesgo de simplificar el entorno, se destacan tres fenómenos que delinear la crisis socio-cultural contemporánea de la que es solidaria la postmodernidad: **a)** el relativismo cultural; **b)** la supervivencia del marxismo como sistema cerrado; **c)** la homogeneización de los medios de comunicación y **d)** nueva ideología y nueva utopía.

- a)** El relativismo cultural contemporáneo es producto del fracaso de las ideologías tradicionales y nuevas en dar respuesta al *bienestar liberador del hombre*. El fracaso se reconoce automáticamente al no haberse cumplido las promesas liberadoras y sus síntomas han sido varios. Por ejemplo, no se ha superado la estratificación económica; la urbanización que ha reemplazado la “comunidad”, es hoy un proceso más disociativo que unitivo; se incre-

mentan los conflictos regionales sectarios o nacionales; la ciencia y la tecnología se han mostrado incapaces en terminar con el hambre y la pobreza. Frente al fracaso de las ideologías no se apela a un proyecto télico que asuma la naturaleza integral del hombre ni a un concepto de dignidad humana fundado en auténticos valores, sino que la “salida liberadora” es la libertad de conciencia como mera espontaneidad vital.

Derrida nos habla de la *cultura y la historia* como una red de relaciones intertextuales. Nada de ideas, intenciones o emociones, sino el *holismo pluralista* con el que se interpreta el significado de una palabra, e.d. el significado como la suma de los significados en que aparece la palabra. Según Derrida, debe cambiarse el terreno por un terremoto radical, lo que puede hacerse o desligándose de la filosofía y de Occidente o arrojándose a los brazos del Tercer Mundo. No pareciera que es una salida por la praxis política, sino por la práctica de la cacofonía, e.d. del discurso no-comunicativo, por el *deconstruir*. *Deconstruir* no es rechazar, es “contraponer” un discurso a otro por una fuerza no racional para suprimir los fundamentos. A su vez, Foucault, considera que la sexualidad es uno de los mecanismos de poder como objeto de discurso y que apunta a nuevas formas de dominación. Ahora bien, tal discurso así concebido, se habría individualizado como la forma de cada uno de ejercer el poder del discurso contra las otras formas de poder, para luchar contra ellas no para juzgarlas. Tal recurso procede por un “análisis arqueológico” en oposición a la dialéctica [hegeliana] como un espacio de discusiones múltiples no unificables.

- b) Se registra una supervivencia del marxismo como sistema cerrado aunque desprovisto (en general, no siempre) de la proyección a una praxis revolucionaria. El marxismo

original entendía la cultura como el medio humanístico para el desarrollo “total” del hombre en una sociedad más justa y feliz. Sostenía un humanismo *científico integral*, con conciencia de la praxis transformadora de la naturaleza; *crítico* por la dialéctica amo-esclavo y *revolucionario* por dar culminación a la crítica social. Para ello, debía unificarse la *enseñanza teórica*, en que la ciencia estaba al servicio de la promoción humana y el *trabajo productivo*, en el cual podían desplegarse múltiples posibilidades de acción sobre el manejo de los medios de producción. En la actualidad, sin el elemento clave revolucionario, la propuesta cultural del marxismo sobrevive como tecnócrata, con el propósito de manejar los medios reales de autoconservación. El problema ahora es tecnológico, pero la organización continúa siendo “policial”, con un Estado único, un partido único y, por ende, instituciones culturales y educativas únicas. El lugar de la revolución lo ha ocupado la técnica transformadora, pero la dictadura del Estado sobrevive usando la fuerza feroz de la mediocridad que todo iguala y nivela.

- c) La homogeneización de los medios de comunicación constituye el tercer fenómeno de la actual crisis socio-cultural. La preocupación es evitar cualquier “preocupación” (entiéndase “reflexión racional”) que proceda de sujeto alguno que pueda lanzar algún pensamiento realmente reflexivo, objetivo y totalizante. La consigna es “dejar vivir y permitir morir” para evitar, incluso, las emociones propias del sufrimiento y la muerte. La prédica de los medios de comunicación es que existe una inexorable dependencia contextual de las formas de pensamiento de cada época, por lo que, a su vez, resultan inconmensurables respecto de otro período y en cada período.
- d) En lo que respecta a la actitud de la postmodernidad frente al pensamiento ideológico o utópico, reparemos en lo

siguiente. Si entendemos por ideología las tendencias que sobrevaloran la estabilidad, la conservación y el pasado, y por utopía las que sobrevaloran el futuro y los agentes del cambio, el actual panorama socio-cultural nos ofrece sólo una parodia de una u otra. Así resulta una nueva ideología que busca disfrazar la homogeneización del mundo, y una nueva utopía, la esperanza que la homogeneización ceda al pluralismo. Téngase en cuenta en este punto un movimiento que ostenta “buena prensa” como es la *New Age*, cuya propuesta es vivir en la identidad cósmica que permite lograr la creatividad a través del pensamiento. *New Age*, significa “Nueva Era”, “Comienzo de una nueva Época”, “Era de Acuario”, “Era ecológica”, “Era solar”, y propagan un reordenamiento de la cultura por la aparición de una nueva conciencia que es la *expansión de la conciencia*. Su causa común es la transformación del mundo por una suerte de *psicosis humanística* que supera la antigua conciencia. Su proceder es gnóstico: la búsqueda de conocimientos ocultos para salvarse sin fe ni conducta, inspirado en el dualismo materia [lo negativo]-espíritu [lo positivo] y según doctrinas heréticas. De esa forma se niega a la razón humana la posibilidad de trascenderse y de ser purificada por la razón sobrenatural, sin perder su idiosincrasia sino en mutua armonía funcional.

A lo sumo, estos cuatro fenómenos resultan un disfraz de la razón, que jamás asistirá a su aniquilamiento, aunque por momentos el escepticismo sea una mortaja demasiado cercana. Es la última parodia de la razón y de la racionalidad, pero ella misma no deja de ostentar el rol estelar.

El blanco de ataque es la destrucción de la razón

Lo desarrollado hasta el momento nos ha permitido esclarecer aquella afirmación inicial: que el *blanco de ataque* del postfilósofo es la destrucción de la razón misma, por los motivos y propósitos abiertamente declarados. Es la destrucción de la razón en su sentido *pleno* a favor de la *liberación del hombre*. Pero ya dijimos, la razón es paciente, puede trabajar en silencio, sin parecer ella misma, amputándose, incluso atrofiándose, pero es imposible que salga totalmente de escena. En la filosofía y cultura postmodernas, sobrevive gimiendo como *contra-modelo* y como *anti-modelo*.

Como *contra-modelo*, es el paradigma de razón contemporánea en cuanto la postfilosofía es “postmoderna”. Es el regreso de la Razón Pura ahora como razón instrumental, la razón máquina de permitir efectos deseados, de obtener logros científicos, incluso contra el mismo ser racional. Pensemos en la cuantiosa gama de “manipulaciones”: económica, biogenética, psicosocial, jurídica y, por supuesto, cultural, pedagógica.

Como *anti-modelo*, es el paradigma crítico de la Razón Pura. Se reinstala lo paradójico como instrumento de esa crítica bajo la inspiración de sus antecedentes inmediatos: el teatro del absurdo, Camus, Sartre, el Dadaísmo; pero, nuevamente, según una versión desencantada y mediocre. Esto es, no se busca solucionar lo paradójico, sino provocarlo y mantenerlo como condición actual del filosofar, porque se entiende que éste ha llegado a su fin. La paradoja está al servicio de la crítica a la verdad objetiva, pues ya ni sobrevive la verdad empírica por referencia a los hechos históricos. La historiografía es una ilusión; ha de apelarse a la interpretación hermenéutica de la historia de la filosofía.

La desilusión antes mencionada, ha herido a la razón en tanto teórica o práctica. En verdad, sucumbe en su *función teórica* por corrosión (más que negación) de la naturaleza, el ser, el

bien, la perfección. Nada es objetivo, nada es sustantivo, nada es absoluto, ni siquiera que algo lo fuera, porque en tal caso nada sería ni podría “ser igual”. Y “todo deber ser igual”. Sucumbe en su *función práctica* por persistir en el infranqueable paso ser-deber ser (D. Hume, G. Moore). Frente a las afirmaciones de una filosofía realista, clásica o actual, de que *al menos algo es* universal, objetivo, no relativo o absoluto, inmutable, se pasa a que *todo es* particular, subjetivo, relativo, mudable. La historia ocupa todo terreno, avasallando cualquier resto de naturaleza o de lo natural. El mundo de la creación humana no puede y no quiere convivir con el mundo de los valores, porque la cultura se ha transformado en anti-cultura.

Conforme a esta cosmovisión, la filosofía resulta una **semántica lingüística pragmática**. Es semántica lingüística porque el lenguaje, oral, escrito o visual, pasa a ser la misma razón, como estímulo, conductor, guía y poder de comprensión de sí misma y del mundo, para así actuar en consecuencia. Pero, además, es semántica pragmática, consiguiente a su negación de la persona como ser complejo, jerárquico e integrado. La propuesta de “deconstrucción” postmoderna lleva a una “demolición gnoseológica”, por lo que no queda en pie ninguna “doctrina” alternativa. El *constructo postmoderno* es pragmático, pero no en función –como en el pragmatismo clásico– de la utilidad que surge de la descripción fidedigna de alguna cosa, sino en función de lo que sirve a nuestros propósitos.

Se derrumba el mito de la cultura liberadora de la humanidad, porque sobrevive el tecnócrata no la persona. Sobrevive el hombre que maneja la máquina, pero ya no puede ni le interesa manejarse a sí mismo. Lo cierto es que ha caído el mismo mito postmoderno del *absoluto autonomismo*. El mito originario cedió el paso a la razón y a la ciencia, y así se superó sin alienarse porque se enriqueció. Aquel mito no era fantasía sino que usaba de ella como una suerte de balbuceo racional; no dejaba de ser “explicación”, aunque mítica. El mito postmoderno resultó una

imagen irracional y fantasmagórica que se desvaneció apenas la razón pudo infiltrar una pálida luz de socorro.

Empero, aquella pálida luz racional de socorro siempre estará encendida. Nunca puede decirse que todo está perdido ni mucho menos. Lo que sucede es que más que en otras épocas, los medios de comunicación social se hacen cargo de los movimientos de vanguardia y de todo lo que está en la cresta de la ola, y la sensatez, el equilibrio y lo razonable como las “buenas noticias” se archivan en el baúl de la abuela.

Postmodernidad y ética biomédica

Esta tensión entre valoración y crisis de la razón humana por desconfianza en su capacidad natural, que incide, como hemos visto, a nivel de la conducta personal o en la filosofía moral, repercute necesariamente en los campos particulares de la ética. También en la *ética biomédica*.

1. Por de pronto, se ha de advertir que la ética biomédica atiende a determinados problemas morales en el área de las ciencias de la vida y la atención de la salud, en el marco de la ética general. Sus principios, en consecuencia, habrán de armonizarse con los propios de la ética y con los códigos éticos pertinentes, porque su finalidad es fomentar y garantizar el “ethos¹⁴ profesional”, e.d., “la conducta humano-médica moralmente correcta”. Resulta, entonces, una ética “especial” o “aplicada” que, como la ética “general”, usará de procedimientos argumentativos de la razón

¹⁴ Uso “ethos” en un sentido muy lato como actitud que caracteriza la cultura de un grupo científico o profesional determinado, en cuanto adhiere a ciertos valores y acepta una jerarquía específica de los mismos aparte de la remuneración que tal actitud importe. Son modos de sentir, pensar y valorar moralmente, son garantizados por la tradición, la cultura histórica, la experiencia, y por las actitudes y reglas jurídicas que se apoyan en aquellos valores.

práctico-moral que consisten en aplicar los principios universales de la moralidad a través de los principios propios, debidamente justificados en aquéllos, al área de la vida y la salud, individual y social. No puede ser una “deontología biomédica” de orientación utilitarista¹⁵, porque resultaría una mera ciencia empírica no normativa –y por lo tanto carente de legitimidad ética– en cuanto las normas morales se determinarían en las circunstancias sociales con el único criterio “del mayor placer posible para el mayor número posible de individuos”.

2. Las éticas “especiales” manejan una serie de conceptos, nociones y principios que no justifican, ni pueden hacerlo, porque provienen, precisamente, del ámbito de la filosofía. Estos conocimientos ingresan en la dinámica de las ciencias como “presupuestos” insoslayables y acríticos, lo que revela, una vez más, esa marcha progresiva de la razón humana, teórica o práctica, en todos los ámbitos de la indagación hacia la verdad. Incluso la distinción entre verdad y falsedad, entre bien y mal, se asumen como productos naturales de la razón. En cuanto a la ética biomédica, por atender a *determinados* problemas morales en el área de las ciencias de la vida y de la atención de la salud, resulta una *ética especial o aplicada*. Sus principios, en consecuencia, habrán de armonizar los propios de la ética con la inclusión de los principios metafísicos y los antropológicos (según los problemas), con los códigos éticos pertinentes a las ciencias de la vida y la salud.

3. Sin duda la ética biomédica es una tarea interdisciplinaria, que convoca a las ciencias bio-médicas por una parte y a la ética o filosofía moral por la otra, pero los principios rectores, como

15 “Some Christian ethicists call themselves situationists or contextualists and adopt act utilitarianism. The pioneer medical ethicist Joseph Fletcher argued that there is only one general ethical rule: ‘Do what is most loving in the circumstances’. He was never able to define what ‘most loving’ means in practice”, Ashley, B., OP y O’Rourke, K.D., OP, *Ethics of Health Care*, St. Louis, The Catholic Health Association, 1986, p. 83.

luz en el descubrimiento y fundamento en la justificación, son los de la ética general. No es éste un planteo de competencias, sino una exigencia que surge de la dignidad del objeto: la moralidad en la conducta humana en vistas a su realización cabal como persona. El carácter totalizante de la ética es una consecuencia necesaria del fin al que se ordena, el cual no puede ser soslayado por ningún sector, actividad, técnica o ciencia que haga referencia al hombre. Y algo más. La necesidad de nivelación e interdependencia de los principios práctico-morales no resulta solamente de una exigencia interna para la configuración de las ciencias morales, sino por el papel que dichos principios cumplen en la vida moral concreta de las personas.

4. Entre los presupuestos mencionados, quiero llamar la atención, como breve referencia, de aquéllos en particular cuya auténtica concepción permite la conciliación entre *ética y ciencias* por reconocer la debida conciliación entre *razón, verdad y moral*.

Ciencias y juicios de valor. La valoración humana es un fenómeno psíquico complejo que incluye elementos afectivos, volitivos, tendenciales, pero su ingrediente primordial es cognoscitivo o racional, por lo que puede hablarse de verdad o falsedad de los juicios morales y por ende de objetivismo o subjetivismo, de relativismo o no relativismo.

Ciencias y juicios normativos. Si concebimos a las normas como “modelos regulativos de la conducta moral”, una conducta concreta moralmente buena es aquélla que se ha conformado con la norma, de ahí que los juicios normativos se sustentan en los bienes y fines reales del obrar humano. Así, si algo es conocido como “moralmente bueno”, “debe ser hecho”, o “evitado” su contrario. Y sobre esto cabe verdad, certeza y necesidad, incluso de validez científica.

Ciencias, conciencia y responsabilidad. El hecho que la persona se autogobierne, en la medida que los valores o disvalores morales hacen un llamado a la conciencia con exigencia de que sean realizados, nos revela que la moral es un “saber vivir”. En verdad, el orden moral es materia de racionalidad, libertad y responsabilidad, y por eso enaltece o derrumba a la persona en su totalidad, ya que la moralidad es un orden objetivo que la razón, como órgano de la verdad, descubre como lo más conveniente a toda naturaleza humana.

Ciencias y el carácter irreductible de la vida. La calidad o intensidad de las funciones vitales no generan (*funcionalismo vital*) la vida del viviente. A lo sumo entorpecen o mejoran la vida, pero sin duda desaparecen cuando el viviente muere. Además, el viviente sólo metafóricamente puede decirse una “máquina natural” (*meccanicismo o cibernética vitales*), porque la acción vital inmanente comienza y termina en un “sujeto que lo realiza”, mientras que la máquina “simula autorregularse”. La unidad de la máquina es la de los materiales combinados que la constituyen y de la forma-figura (accidental) conferida por el constructor. La unidad de una máquina se rige por leyes físico-matemáticas o matemático-formalizadas; *toda la máquina es un “órgano”*. Por último, la unidad del viviente se rige por leyes naturales, ontológicas y axiológicas; tiene unidad desde su misma “forma sustancial” que lo determina como *sustancia viviente; los órganos son consecuencia de un sujeto cuyo “ser es vivir”*. Por eso definimos al viviente como “*acto de ser de un determinado individuo cuya forma sustancial es el alma*”. Pensemos en la incidencia de estas afirmaciones en la comprensión del *estatuto personal* del embrión o del preembrión, ya que el viviente cuando recibe el ser lo recibe como “individuo”, porque esto es lo propio de su índole natural y no recién en el momento que “existe” (=nacimiento, existir fuera de sus causas progenitoras)¹⁶.

¹⁶ “El embrión preimplantatorio no es un ser inerte. Su movimiento se rige por una finalidad intrínseca y por una fuerte comunicación bioquímica con la madre. Tiene también una de las propiedades de un ser vivo organizado: la relación que conlleva identidad y sin la cual es

Ciencias, sentido de la vida y dignidad de la persona humana. Nadie puede substraerse a la pregunta de cuál sea el sentido de su vida, porque en ello estriba su fin y su perfección, es decir, se juega su dignidad como persona. Sólo la verdad última y absoluta puede ser la respuesta que satisfaga aquel interrogante, porque la verdad que da sentido a la vida debe serlo para todos y para siempre y ofrecerse como último fundamento, como valor supremo y explicación definitiva, más allá de la cual no haya ni pueda haber interrogantes o instancias posteriores.

Ciencias y lenguaje. Un examen de las estructuras formales del conocimiento y de la comunicación personal, como de las distintas funciones del lenguaje, es necesario para entablar relaciones entre las ciencias y la ética. Pero, esto sólo es insuficiente. Es necesario esforzarse por elaborar racionalmente los problemas y por asegurar el contenido de verdad de las respuestas. En otros términos no sólo exponer los conceptos y términos, sino también conocer a fondo los sistemas filosóficos que han influido eventualmente tanto en las nociones como en la terminología, para llegar así a interpretaciones correctas y coherentes.

Ciencias, sociedad y cultura. En la situación actual se agudiza la intermediación de las culturas en la conciliación entre ética y ciencias, de forma tal que aquella crisis de la razón por desconfianza de su capacidad natural, no es sólo algo que interesa a personas o grupos concretos, sino que son convicciones tan difundidas en el ambiente que llegan a ser en cierto modo mentalidad común. En definitiva, se nota una difundida desconfianza hacia las afirmaciones globales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es el resultado del consenso y no de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva. Así, se prefiere echar mano de la historia o de las mismas ciencias para entablar el diálogo entre culturas, aduciendo que aquéllas tienen

imposible el diálogo (...). Podemos constatar desde la primera división del cigoto que el desarrollo embrionario transcurre con las siguientes propiedades: a) *Coordinación...* b) *Continuidad...* c) *Autonomía...*", BLÁZQUEZ, N., *Bioética fundamental*, B.A.C., Madrid, 1996, pp. 32-36.

mayor sensibilidad que la filosofía para afrontar el pluralismo cultural, llegando a negar valor a cualquier patrimonio universal de la filosofía. Ahora bien, ninguna cultura puede ser criterio de juicio y menos aún criterio último de verdad, sobre todo si se trata de algo tan delicado como lo es la dignidad de la persona y del sentido cabal de su vida. Esta distorsión, sin embargo, ha sido ocasionada por esa actitud desvalorizante de la razón humana y de su alcance respecto del conocimiento de la verdad.

6. Dentro de la Ética biomédica, y con referencia al *ethos del científico*, ocupa un lugar central en la preocupación moral, el *ethos de la fecundidad*. Al respecto, para que la filosofía moral pueda prestar un servicio a éste como a otros asuntos que preocupan a la biomedicina, además de superar la desconfianza en la racionalidad ética y en la legitimidad científica de sus procedimientos de justificación, es preciso subsanar la alienación racional fruto de una excesiva fragmentación de los saberes y de la cultura. Se hace necesario recurrir a la antropología filosófica y a la ética como filosofía moral para esclarecer y justificar los conceptos que se presuponen, a partir de los cuales se extraen las conclusiones específicas, siempre dentro de la guía de los primeros principios de la razón práctico-moral. Particularmente, un concepto integral de persona humana sobre la base de que “todo en el hombre es humano y todo hace al hombre como tal”. Vale decir, búsqueda de la verdad del cuerpo humano y de la sexualidad para indagar la verdad cabal del hombre. Se ha de precisar, entonces, el sentido de la especificidad de la sexualidad humana en punto a su relación con la conyugalidad y la procreación, haciéndose cargo de su significación comunitaria de “convivencia”. Una impostación social auténtica de la sexualidad, por su gravitación cultural, nos permitirá purificar y enaltecer el deterioro de las relaciones humanas. El *ethos de la fecundidad* será el resultado de una conciliación racional de la verdad tanto científica como filosófica, sobre los auténticos valores de la sexualidad y la fecundidad humanas, que sólo pueden ser tales si contribuyen a la dignidad cabal de

la persona. Y, cuando se trata de una legítima dignificación del hombre debemos conciliar la sexualidad y la fecundidad con la *verdad, la libertad y la responsabilidad*. Esa dignidad reniega de cualquier proyecto asentado en la “libre disposición del cuerpo”, por el contrario exige una *sexualidad responsable*”; al igual que ante la “libre disposición de la fecundidad” aboga por una *pater-nidad responsable*. Con esta óptica, la sexualidad y la fecundidad se ponen en camino por la verdad de la existencia humana.

En defensa de la cultura por la defensa de la razón moral

El período histórico analizado, su proceder, sus intenciones, sus proyectos reales y negados, nos han depositado a las puertas de una respuesta, pero resta el camino por recorrer: *la defensa de la cultura por la defensa de la razón moral y de su racionalidad propia* porque, como fue dicho al inicio, cualquier propuesta filosófica busca plasmarse en modos de conducta, es decir en “una forma de vivir”. Es la intención última de todo relativismo, y esto vale también para la postmodernidad.

a. La ética postmoderna se ha dado en llamar “nueva moral”, con planteos diversos pero con el mismo recurso: el uso de una dialéctica crítica de las doctrinas anteriores, incluso de la tomasiana, de las cuales ha sido simultáneamente heredera. Luego, la ética actual no pareciera ser tan “nueva” ni tan “crítica”. Sostiene que el orden moral surge cuando la voluntad asume o rechaza en sus actos la conclusión del juicio práctico según sus efectos o consecuencias, e. d. según el orden de los medios al fin perseguido. Es el compromiso del acto interior de la voluntad sobre un campo premoral lo que lo “transforma” en orden “moral. Como

corolario, el “consecuencialismo” moral resulta el principio motor, por cuanto las consecuencias del acto son los criterios del bien “moral”. La corrección o incorrección de las acciones depende de sus consecuencias efectivas o probables; correcta si produce (o es probable que produzca) tanto bien como cualquier otra acción posible y obligatoria si produce (o es probable que produzca) más bien que otra posible para el agente moral. Las *consecuencias del acto* son criterio del bien “moral”, pero con una bondad sobreañadida de índole extramoral. Claro que al considerar todas (al menos como propósito) las circunstancias, sin descartar a ninguna, se autotitula “ética de la responsabilidad”¹⁷. En esta perspectiva, la *nueva ética* tiene apariencia de racionalidad y plausibilidad, pues sus sostenedores entienden que el criterio empleado es suficientemente “realista”, sobre todo si tomamos en cuenta la última versión consecuencialista del *utilitarismo del ideal*¹⁸ que optimiza la totalidad del proceso universal de las relaciones interhumanas con el modelo técnico de la ciencia moderna y con el instrumento de una razón “teleológica”. Empero, por otro lado, al perder el horizonte de bienes absolutos (ni siquiera “algunos”), de deberes o prohibiciones de intrínseca obligatoriedad (ni siquiera “algunos”) y de la dimensión universal de la ley moral, se cae en el *rigorismo insensible* de la casuística y, como corolario, resulta una ética propuesta “a la medida del hombre”, diluyendo a la persona en un proceso cósmico extramoral. Empero, la racionalidad moral refleja la plasticidad del orden interpersonal, mientras que la racionalidad relativista somete la moral al cálculo del interés y la utilidad.

b. En segundo lugar, todas esas propuestas sobre la negación de las bases racionales de la moral, han negado todo fundamento ontológico y antropológico y, necesariamente, hubieron de

¹⁷ Spaemann, R., *Felicidad y benevolencia*, Madrid, Rialp, 1991, Iip., cap.5, pp.182-198.

¹⁸ Concebida por George E. Moore (1879-1958): *Principia Ethica* (1903), *Ethics* (1912), *A Defense of Common Sense* (1925, Muirhead-vol. colectivo).

buscar una solución irracional, destruyendo desde dentro la moral y el saber moral. La ética actual es un mecanismo cientista para calcular costos-beneficios, pérdidas-ganancias, para el individuo o para la sociedad. Luego, la ética actual no parece ser *ni Filosófica, ni Moral*. En tercer lugar, bajo tal demolición de la moral, la razón siempre está presionando por reconquistar un lugar que le es natural, obligando al ético a volver a ella para despejar sus conclusiones. Luego, la ética actual no parece ser tan *Destructora, ni Revolucionaria*.

c. La desvirtuación contemporánea de la filosofía como saber, de la cultura y la educación, del orden socio-político y de los modelos de razón que le dieron origen, ha incidido, por lógica consecuencia, en la misma esencia de la ley y de la ley natural. Rige el despotismo del positivismo jurídico, pues se impone la autoridad del más fuerte, sin referencia a la dignidad de las personas y sin bien común que legitime el rumbo político. Sin embargo, como señalara el entonces Cardinal Ratzinger en un diálogo con Habermas: “es tarea de la política someter el poder al control de la ley a fin de garantizar que se haga un uso razonable de él. No debe imponerse la ley del más fuerte, sino la fuerza de la ley... La libertad sin ley es anarquía y, por ende, destrucción de la libertad. La desconfianza hacia la ley y la revuelta contra la ley se producirán siempre que ésta deje de ser expresión de una Justicia al servicio de todos y se convierta en producto de la arbitrariedad, en abuso por parte de los que tienen el poder para hacer las leyes”. Y, más adelante, nos advertía sobre la incidencia que tiene en la política la ausencia de un diálogo fecundo entre fe y razón. “Hemos visto que en la religión existen patologías sumamente peligrosas, que hacen necesario contar con la luz divina de la razón como una especie de órgano de control encargado de depurar y ordenar una y otra vez la religión”. Y por otra parte, “existe una desmesurada arrogancia de la razón que resulta incluso más peligrosa debido a su potencial eficiencia: la bomba atómica, el ser humano entendido como pro-

ducto. Por eso, también la razón debe, inversamente, ser consciente de sus límites y aprender a prestar oído a las grandes tradiciones religiosas de la humanidad. Cuando se emancipa por completo y pierde esa disposición al aprendizaje y esa relación correlativa, se vuelve destructiva”¹⁹. El modelo de razón que surge es el de *razón emancipada y autosuficiente*.

Para concluir, recurro a Tomás de Aquino quien destaca *Fides et ratio*, es modelo del modo correcto de hacer filosofía, pues no tolera que el Cristianismo se contamine con la filosofía pagana, pero no la rechaza a priori, por lo que se convierte en *el precursor del nuevo rumbo de la filosofía y la cultura* (FR, 43). Propone una *asociación amigable entre el saber filosófico y teológico*, recuperando un uso de la filosofía conforme a las exigencias de la fe que proveyó a su dignidad, pero distinguiendo muy bien la razón de la fe y conservando los derechos de una y otra (FR, 57). Muy lejos de cualquier intelectualismo exacerbado, su pensamiento tiene un altísimo valor práctico, pedagógico y vital, por su *pasión por la verdad* que lo impulsó a buscarla donde pudiera manifestarse, poniendo de relieve al máximo su universalidad. Pero, convencido profundamente de que “toda verdad expresada de cualquier cosa, proviene del Espíritu Santo, en cuanto infunde la luz natural y mueve a la inteligencia a expresar la verdad” (I-II *Sum. Theol.* 109, 9 ad 1), con razón pues, se le puede llamar *apóstol de la verdad* (FR, 44).

¹⁹ *Los fundamentos morales y prepolíticos del Estado liberal*, Academia Católica de Bayern, 19.01.2004.

Resumen

Si bien la llamada “postmodernidad” no constituye propiamente una escuela o línea de pensamiento que así se titule, sin embargo, los filósofos “postmodernos” comparten ciertas actitudes y rasgos comunes, particularmente en lo que respecta a la modernidad que le ha precedido y en las propuestas de futuro que desde allí se originan. Es “postmoderna”, como una suerte de continuidad de la Modernidad y de su razón ilustrada, pero entendida ahora como “razón-anti-héroe”, “razón-anti-modelo”. En segundo lugar es “antimoderna” por desilusión y desencanto de la misma razón moderna que ha continuado a su manera. Es la destrucción de la razón en su sentido *pleno*, a favor de lo que entienden *liberación del hombre*, sobreviviendo solamente la razón moral *contra-modelo* y la razón moral *anti-modelo*. Por tales graves desacuerdos conceptuales, el recurso metodológico resultará el *relativismo*, particularmente en lo que hace a la validez de los juicios de ser, de valor y normativos. El trabajo concluye con una aplicación a la Ética biomédica, reparando en la imperiosa conciliación entre *ética y ciencias*, para reconocer la debida conciliación entre *razón, verdad y moral*, y así formar el auténtico “ethos profesional”. Es una tarea necesaria que incide en los juicios bioéticos, y en temas como conciencia, responsabilidad, valor de la vida humana, con su efecto en la sociedad y en la cultura. Si es preciso superar la actual crisis moral, cultural y socio-política, se hace imperioso revalorizar la razón moral, al consolidar y vigorizar su lugar y función en la Ética, en la Bioética y en la vida moral de los hombres, en lo individual y en lo social.